

Corría el año 93, de una tarde de octubre, y la Junta de Portavoces se había reunido en el despacho de Alcaldía, para organizar la conmemoración de los cien años del nacimiento de una benefactora del pueblo, a la que jamás se había homenajeado, por no tener, no tenía ni una calle con su nombre en el municipio. Esta mujer, Prisca González se llamaba, había creado una Fundación, que incluso se encontraba inscrita en la Comunidad de Madrid, pero sin actividad. Sus padres originarios del municipio, se habían ido a “hacer las Américas” y habían conseguido una gran fortuna en Cuba, su descendiente y única hija, había sido Prisca González, la cual no había conocido varón, y falleció sin descendencia, teniendo únicamente sobrinos, los cuales se habían repartido la fortuna de esta mujer, por eso la Fundación que ella había creado estaba sin actividad, todo esto se sabía, por la investigación que había llevado a cabo la Secretaria municipal. La Sra. Prisca había construido un edificio, que en primera instancia fue colegio dividido, uno para niñas y otro para niños, después ese mismo edificio fue orfanato y en última instancia hospital, que allí en el pueblo denominaban “el hospitalillo”, durante la guerra civil.

El edificio se encontraba medio derruido, y se quería rehabilitar, aunque no se tenía suficiente caudal público como para eso, así los Concejales acordaron que también se intentaría que la autonomía financiase algo para proceder a la rehabilitación.

La Secretaria, iba tomando nota de las ideas de los concejales de los distintos grupos políticos que conformaban la Corporación, pero al mismo tiempo y durante toda la reunión, estaba escuchando como una conversación entre un hombre y una mujer, más que conversación discusión, con voces de ultratumba.

La Secretaria estaba callada, y tomaba nota de las ideas, pero estaba sobrecogida, porque las voces cada vez se oían más alto, hasta que un momento determinado, el Alcalde que tenía una gran envergadura, dio un manotazo en la mesa con una de sus grandes manos diciendo – Pero papo, ¿quién lleva la grabadora?- añadiendo llevo todo el tiempo oyendo un “run run”, a lo que la Secretario añadió- yo también lo estoy oyendo, pensaba que me estaba volviendo loca- y uno de los Concejales, manifestó que él también lo había estado escuchando.

Del gran homenaje que le iba a hacer a esta mujer, todo se quedó en poner una calle del pueblo, en la parte nueva.